
TERCERA PARTE.

DERUCHETTE.

LIBRO PRIMERO.

Noche y luna.

I.

La campana del puerto.

Saint-Sampson hoy día es casi una ciudad; hace cuarenta años era una aldea.

Cuando llegaba la primavera no se trasnochaba; los vecinos solían acostarse al anochecer. Saint-Sampson constituía una antigua parroquia subalterna, que había conservado la costumbre de apagar la luz temprano; allí todo el mundo se acostaba y se levantaba con el día, como las gallinas.

En Saint-Sampson vivían pocas familias acomodadas de la clase media; era una población casi reducida á canteros y á carpinteros ribereños. Es un puerto de recorridas; en él todo el día se extraen piedras ó se construyen tablonas, y se oye sin cesar el pico y el martillo. Al anochecer los trabajadores están cansados y se duermen como troncos; los trabajos rudos dan sueños pesados.

En los primeros días de Mayo una tarde, después de contemplar el creciente de la luna y de oír los pasos de Deruchette, que por la noche se paseaba sola por el jardín de las Bravées, Mess Lethierry se encerró en su cuarto y se acostó. Dulce

y Gracia estaban ya en la cama. Todos dormían en la casa, excepto Deruchette, como dormían todos los habitantes de Saint-Sampson. Estaban cerradas todas las puertas y las ventanas y nadie transitaba por las calles. Hacia un rato que habían dado las nueve en el vetusto campanario romano, cubierto de hiedra, que comparte con la iglesia de Saint-Brelade de Jersey la rareza de tener por fecha cuatro números unos: 1111, esto es, mil ciento once.

La popularidad de Mess Lethierry en Saint-Sampson se subordinaba al estado de sus negocios; como éstos iban mal, se formó el vacío á su alrededor. Es preciso creer que la mala suerte ahuyenta las amistades y que el que participa de ella lleva consigo la peste, si juzgamos por la prontitud con que se le obliga á hacer cuarentena. Los jóvenes de buena posición de la aldea evitaban la presencia de Deruchette. Era tal el aislamiento en que vivía en las Bravées con su padre adoptivo, que allí no se supo siquiera el gran acontecimiento local que hacía mover todas las lenguas de Saint-Sampson. El rector de la parroquia, el reverendo Joe Ebenezer Caudray, era rico, porque su tío el magnífico dean de Saint-Asaph acababa de morir en Londres. Trajo la noticia el buque-correo *Cashmere*, llegado de Inglaterra aquella misma mañana, y aun estaba anclado en la rada de Saint-Pierre Port: debía partir para Southampton al día siguiente, y embarcarse en él según voz pública y fama el reverendo rector, que le llamaban apremiantemente á Inglaterra

para que asistiese á la apertura oficial del testamento y para las urgencias de la gran sucesión que iba á recoger. Este era el objeto de todas las conversaciones de Saint-Sampson. Solo en una casa no se sabia nada absolutamente, en las Bravées.

Mess Lethierry se acostó en la hamaca sin desnudarse, que era su único recurso desde la catástrofe de la *Duranda*. ¿Dormía? No. Velaba? Tampoco. Propiamente hablando, hacia ya dos meses que Mess Lethierry era una especie de sonámbulo. Desde el naufragio de su buque no habia entrado aun en caja. Se encontraba en el estado mixto y difuso que solo conocen los que han sufrido grandes contratiempos. Sus reflexiones no eran pensamientos, su sueño no era el reposo; de dia no era un hombre despierto, de noche no era un hombre dormido. Estaba en pié y despues se acostaba; esto es todo lo que hacia. Cuando se tendia en la hamaca, perdía algo la memoria y á eso llamaba dormir; flotaban en él y sobre él las quimeras; la nube nocturna, llena de apariencias confusas, cruzaba por su cerebro; el emperador Napoleon le dictaba sus Memorias; veía varias Deruchettes y divisaba extraños pájaros que poblaban los árboles, y las calles de Lous-le-Lauluier convertirse en serpientes. La pesadilla era el compás de espera de su desesperacion. Pasaba las noches delirando y los dias soñando.

Permanecía algunas veces toda la tarde inmóvil asomado á la ventana de su cuarto, que, como sabemos, caía al puerto, con la cabeza inclinada, apoyando los codos en la piedra y las manos en las sienes, con la vista fija en la argolla de hierro clavada en la pared de la casa, donde en otro tiempo se amarraba la *Duranda*, y contemplaba con melancolía la herrumbre que se apoderaba de la argolla.

Mess Lethierry estaba reducido á la funcion maquinal de vivir, á la que quedan reducidos los hombres más valerosos cuando se ven privados de su idea realizable. Tal es el efecto de las existencias vacías. La vida es un viaje, la idea es su itinerario, el que lo pierde se pára; perdido el objeto, la fuerza que lo hace conseguir se acaba. La suerte está dotada de incomprensible poder discrecional; su vara puede tocar hasta nuestro sér moral. La desesperacion es casi la destitucion del alma. Solo la pueden

resistir los grandes espíritus, y no siempre.

Si la absorcion puede llamarse meditacion, Mess Lethierry meditaba continuamente en una especie de precipicio sombrío. Algunas veces se le escapaban frases como las siguientes:—No tengo ya más que hacer que pedir allá arriba mi billete de partida.

Existía una contradicción en aquella naturaleza, complexa como el mar, de la que puede decirse que Lethierry era el producto. Mess Lethierry no rezaba.

Ser impotente es una fuerza. En presencia de nuestras dos grandes cegueras, el destino y la naturaleza, en su impotencia encuentra el hombre el punto de apoyo de la oracion. Hace que el terror lo socorra; pide auxilio á su miedo, y la ansiedad le hace hincarse de rodillas. La oracion es una fuerza enorme propia del alma y de la misma especie que el misterio. El misterio se dirige á la magnanimidad de las tinieblas; la oracion mira el misterio con los mismos ojos que la sombra, y ante la poderosa fijeza de la mirada suplicante, se cree en el desarme posible del Desconocido. Esta sola posibilidad consuela al hombre.

Como acabamos de decir, Lethierry no rezaba. Cuando fué feliz, Dios existía para él, si así puede decirse, en carne y hueso; le hablaba, le empeñaba su palabra, casi le daba de vez en cuando un apretón de manos. Pero al sobrevenirle la desgracia, Dios se habia eclipsado para Lethierry. Este fenómeno es bastante frecuente. Esto sucede siempre que un individuo se forma la idea de que Dios es un buen hombre.

En el estado en que se encontraba Lethierry, solo le quedaba á su alma una vision sonriente: Deruchette. Fuera de esta sonrisa todo era negro para él.

Hacia algun tiempo, sin duda á causa de la pérdida de la *Duranda*, de la que ella representaba la repercusion, que Deruchette sonreía con menos frecuencia y parecia estar preocupada. Se habian extinguido en ella sus monerías de pájaro y de niña. Por la mañana, al oír el cañonazo de leva, no hacia ningun saludo ni decia al sol saliente: "¡Bien venido seas! ¡Tómame la molestia de entrar!" Estaba á veces seria y triste, y aunque se esforzaba en sonreír á Lethierry, su alegría se marchitaba en ella más cada dia y se cubria de polvo, como las alas de la mariposa que tiene en el cuerpo un alfiler atravesado. Además, ya porque le causaba tristeza la de su tío, que

hay dolores de reflejo, ya por otras razones, de algun tiempo á esta parte se inclinaba mucho á la religion. En la época del antiguo rector Jaquemin Hérode no iba á la iglesia más que cuatro veces al año, como el lector recordará, pero ahora la frecuentaba asiduamente. No faltaba á ningun oficio los domingos ni los jueves. Las almas religiosas de la parroquia veían esto con satisfaccion, porque para ellas es una dicha que la jóven, que tantos peligros corre cerca de los hombres, vuelva la cara hácia Dios. De este modo los pobres padres pueden vivir descansados respecto á amoríos.

Por la tarde, siempre que el tiempo se lo permitía, paseaba una ó dos horas por el jardin de las Bravées, en el que estaba siempre sola y tan pensativa como Lethierry. Deruchette era la última que se acostaba, lo que no impedía que Dulce y Gracia fijasen en ella las curiosas miradas, por ese instinto de acecho propio de la domesticidad, que el espiar disminuye la displicencia que causa el servir.

Mess Lethierry, por el estado de preocupacion de su espíritu, no notaba las alteraciones que habian sufrido las costumbres é inclinaciones de Deruchette; además era impropio de su carácter convertirse en dueña. Ni siquiera se apercebía de que Deruchette asistía frecuentemente á los oficios de la parroquia, pues hubiera visto con disgusto que visitase tanto la iglesia, por su preocupacion tenaz é incurable contra los clérigos.

A pesar de esto, su situacion moral tambien estaba en camino de modificarse. La tristeza es una nube que cambia de forma.

Las almas fuertes, como acabamos de decir, quedan algunas veces bajo el peso de algunos infortunios casi destituidas. Los caracteres enérgicos y viriles, como el de Lethierry, se reaccionan temprano ó tarde. La desesperacion tiene grados ascendientes; del anonadamiento se sube al abatimiento; del abatimiento á la afliccion, y de la afliccion á la melancolía.

La melancolía es el placer de estar tristes.

Estas atenuaciones elegíacas no son propias de espíritus como el de Lethierry. Ni su temperamento, ni la clase de su desgracia, eran á propósito para semejantes matices; solo que cuando le volvemos á sacar en escena, el desvarío de su primera desesperacion hacia algun

tiempo que tendia á disiparse; Lethierry, sin estar menos triste, estaba menos inerte; permanecía siendo sombrío, pero no se aburría ya tanto, ni era taciturno ni indiferente á todo; volvía á recobrar con alguna claridad la percepcion de los acontecimientos y empezaba á experimentar algo de ese fenómeno que pudiera llamarse el regreso á la realidad.

Así es que durante el dia, en la sala baja, no escuchaba lo que se decía á su lado, pero lo oía. Una mañana, Gracia, muy contenta, le dijo á Deruchette que vió á Mess Lethierry quitar la faja á un periódico.

Esta semi-acceptacion de la realidad era un buen síntoma. Era la convalecencia. Las grandes desgracias son un atontamiento del cual se sale poco á poco. Pero la mejoría hace en un principio el efecto de una agravacion. El estado anterior de delirio embotaba el dolor. Lethierry veía turbio, pero sentía poco; ahora se le aclaraba la vista, no se le escapaba nada, todo recuerdo le hacia brotar sangre de la herida. Esta se avivaba. El dolor se acentúa con todos los pormenores que vá examinando. Todo renace visible en la memoria. Hallarlo todo es llorar todo. El regreso á la realidad tiene dejos amargos. El hombre se siente mejor y peor. Esto es lo que experimentaba Lethierry.

Una sacudida volvió á Mess Lethierry al sentimiento de la realidad.

Vamos á referir esa sacudida.

Una tarde, desde el 15 al 20 de Abril, llamaron á la puerta de la sala baja de las Bravées dos golpes, que acusaron que era el cartero. Dulce abrió. En efecto, le dieron una carta que venía del mar, dirigida á Mess Lethierry y timbrada en Lisboa.

Dulce entregó la carta á su señor, que estaba en su cuarto. Este tomó la carta y la dejó maquinalmente encima de la mesa sin mirarla. La carta permaneció más de una semana sin abrir en el sitio en que la dejó Lethierry.

Una mañana Dulce le dijo:

—Señor, la carta que os entregué la semana pasada está llena de polvo; ¿queréis que se lo quite?

Lethierry pareció que recordaba y la contestó:

—No; venga la carta.

La abrió y leyó lo siguiente:

"En alta mar, 10 de Marzo.

"A Mess Lethierry.—Sampson.

"Recibireis noticias mías con placer.

"Me encuentro á bordo del *Tamau*

pas, caminando hacia Pasrevenir. Hay en esta tripulación un marinero que se llama Ahier-Tostevin, de Guernesey, que al regresar os comunicará muchas nuevas. Me aprovecho del buque *Hernan-Cortés*, que va á Lisboa, para que esta carta llegue á vuestras manos.

„Asombraos. Soy un hombre honrado; tan honrado como el señor Clubin.

„Debo suponer que sabéis lo que me ha sucedido, pero si no lo sabéis, quiero deciroslo.

„Os he devuelto lo que os debía.

„Os tomé prestados incorrectamente cincuenta mil francos, pero antes de salir de Saint-Malo entregué para vos al señor Clubin, que era el hombre de vuestra confianza, tres bank-notes de mil libras cada uno, que suman un total de setenta y cinco mil francos. Este reembolso sin duda alguna os parecerá suficiente.

„El señor Clubin cobró los intereses y recibió vuestro dinero con energía. Me pareció que tenía un exceso de celo por vos, y creo de mi deber advertiroslo.

„El otro hombre de vuestra confianza, „RANTAINE.

„*Postdata*. El señor Clubin tenía un revólver, por cuya razón no me extendió el recibo.

El que toca un torpedo, el que toca una botella de Leyden cargada, experimenta lo que experimentó Lethierry al leer la carta de Rantaine.

Salió para el dueño de la *Duranda* una conmoción debajo de aquel sobre, de aquel pliego de papel doblado, que no le llamó la atención cuando lo recibió.

Reconoció la letra, reconoció la firma, pero á primera vista no pudo comprender el hecho.

Se emocionó tanto, que le levantó el espíritu, si así puede decirse.

El fenómeno de los setenta y cinco mil francos que confió Rantaine á Clubin fué para él la parte útil del sacudimiento, porque como era un enigma, obligaba á trabajar á su cerebro. Formar una conjetura es una ocupación sana para el pensamiento, porque despierta el raciocinio y le hace invocar la lógica.

Hacia ya tiempo que la opinión pública de Guernesey se ocupaba en juzgar de distinta manera que antes á Clubin, al hombre honrado, que por espacio de muchos años fué unánimemente admitido en la circulación del aprecio general. Había quien dudaba ya de él, y hasta se hacían apuestas en pró y en

contra. La cuestión Clubin se esclarecía; éste empezaba á aclararse, es decir, á volverse negro.

Se abrió información judicial en Saint-Malo para averiguar el paradero del guardacostas núm. 619. La perspicacia legal equivocó el camino, como le sucede con frecuencia. Partió del supuesto de que el capitán Zuela enganchó al guardacostas y de que se embarcó en el *Tamaulipas* con dirección á Chile. Esta hipótesis ingeniosa hizo caer en muchas aberraciones. La miopía de la justicia ni siquiera vió á Rantaine. Anunciando el tiempo los jueces instructores descubrieron otros rastros. El asunto, que era oscuro, se embrolló más. Clubin entró también en el enigma, al establecer una coincidencia y una relación entre la partida del *Tamaulipas* y la pérdida de la *Duranda*. En el figón de la puerta Dinan, donde Clubin creía ser desconocido, le conocieron perfectamente, y el tabernero declaró que Clubin compró allí una botella de aguardiente. El armero de la calle Saint-Vincent declaró que Clubin compró un revólver. El posadero de la venta Jean declaró que á Clubin se le echaba allí de menos alguna noche. El capitán Gertrais Gaboureau declaró que Clubin se empeñó en partir á pesar de sus advertencias y sabiendo que iba á encontrarse con la tempestad de niebla. La tripulación de la *Duranda* declaró que ésta iba sin cargamento y que se hizo mal la estiva, negligencia que se comprende si el capitán trataba de perder el buque. El pasajero de Guernesey declaró que Clubin creyó naufragar en los Hanois. Vecinos de Torteval declararon que Clubin estuvo allí algunos días antes de perderse la *Duranda*, y que se paseó junto á Pleynmont, cerca de los Hanois, llevando una maleta en la mano; que había partido con ella y volvió sin ella. Los cazadores de nidos declararon que su historia podía referirse á la desaparición de Clubin, cambiando sus aparecidos por contrabandistas. Vecinos de Pleynmont, decididos á proveerse de datos, fueron á la casa hechizada, la escalaron y encontraron en ella la maleta de Clubin. El resguardo de Torteval se apoderó de la maleta y la hizo abrir. Contenia provisiones de boca, un antejo de larga vista, un cronómetro, trajes de hombre y ropa blanca con las iniciales de Clubin.

Con todos estos datos, en las conversaciones de Saint-Malo y de Guerne-

sey hacia cada cual su composición de lugar y se formaba una especie de baratiño. Se aproximaban los lineamientos confusos; se comprobaba el singular desprecio de Clubin á todas las advertencias: la aceptación de los peligros de la niebla, la negligencia sospechosa de la estiva, la botella de aguardiente, el timonel ébrio, la sustitución del capitán al timonel y el movimiento del timon, que por lo menos fué muy torpe. El heroísmo de permanecer en el buque naufragado iba pareciendo una bribonada. Todos convenían en que Clubin había equivocado el escollo, y admitiendo que tenía intención de naufragar, se explicaban que escogiera los Hanois, desde donde podía ganar fácilmente la costa á nado y esperar en la casa hechizada ocasión de fugarse. El encuentro de la maleta completaba esta demostración. Pero se ignoraba completamente el lazo con que esta aventura se unía á la aventura del guardacostas. Solo se adivinaba entre ellas una correlación, entreviendo respecto del guardacostas núm. 619 un drama trágico. Clubin tal vez no representaba en él papel alguno, pero se le veía entre bastidores.

Todo no se lo explicaban por la bribonada de Clubin; había en este asunto un revólver, del que no se hizo uso, que probablemente se referiría á otro asunto.

El olfato del pueblo es fino y certero. El instinto público sobresale en esas restauraciones de la verdad formadas de piezas y de retazos; en los hechos que acabamos de mencionar, aunque eran inciertos, todo estaba ligado, todo concordaba; pero faltaba la base.

No se echa á pique un buque por mero capricho; no se corren los riesgos de una tempestad de niebla, del escollo, de la natación, del refugio y de la fuga, sin impulsarnos á ello un gran interés. Se veía el acto, pero no el interés de Clubin.

Esto es lo que hacia dudar; porque donde no hay motivo, parece que no puede haber acto. Este gran vacío de la información judicial lo llenaba la carta de Rantaine.

Por ella se comprendía que el motivo de Clubin fué robar setenta y cinco mil francos.

Rantaine era el *Deus ex machina*, que bajaba de las nubes con una luz en la mano; su carta aclaraba este asunto y lo explicaba todo, anunciando además un testigo, Ahier-Tostevin.

Explicaba también el uso del revól-

ver, dando á entender que era incontable que Rantaine se hallaba perfectamente informado.

No era posible atenuar ya la maldad de Clubin. Premeditó el naufragio, como lo probaba la maleta que escondió en la casa hechizada. Pero suponiéndole inocente, admitiendo la hipótesis del naufragio fortuito, estando decidido á morir en el buque destrozado, ¿por qué no dió, para que entregasen á Mess Lethierry, los setenta y cinco mil francos á los hombres que se salvaron en la lancha? Era evidente que debía haberlo hecho así. ¿Cuál era, pues, el paradero de Clubin? Probablemente sería víctima de su error y perecería en el escollo Douvres.

Este conjunto de conjeturas, conformes con la realidad, ocupó por espacio de muchos días el pensamiento de Lethierry. La carta de Rantaine le prestó el servicio de obligarle á pensar. Tras el sacudimiento que le causó la sorpresa, hizo un esfuerzo para reflexionar y luego otro más difícil; procuró informarse. Aceptó y hasta buscó conversaciones. Al cabo de ocho días su espíritu recobró la seguridad del hombre práctico, y casi quedó curado.

Admitiendo que Lethierry abrigase la esperanza de que Rantaine le reembolsase de su deuda, la carta de éste la desvaneció por completo, añadiendo á la catástrofe de la *Duranda* el naufragio de los setenta y cinco mil francos. Conoció el paradero de cantidad tan considerable, para que le fuese más lamentable su pérdida. La carta de Rantaine le mostró el fondo de su ruina.

Le acometió nuevo y agudo dolor. Se preocupó de su casa, de su porvenir, de las reformas y economías que era necesario adoptar, cosa que no había hecho en dos meses. Desazona extraordinariamente experimentar la desgracia hasta en sus pormenores más insignificantes y disputar palmo á palmo al hecho realizado el terreno que acaba de ganar. El bloque de la desgracia se acepta, pero no su polvo. El conjunto agobia, el detalle tortura. La catástrofe hiere como el rayo, y sus pormenores incomodan. Los pormenores son la humillación que agrava el aplastamiento; son la segunda anulación añadida á la primera. Se baja de un salto hasta la nada. Después del sudario quedan los harapos.

No hay pensamiento más triste que el de verse arruinados, y sin embargo, esto es muy fácil. Consiste en un golpe

violento, en la brutalidad de la suerte, en sufrir una gran catástrofe en vez de muchas, y el hombre queda arruinado y como si hubiera muerto; pero no, vive, y al día siguiente lo nota. En qué? En sentir algunos alfilerazos. Tal transeunte que ayer os saludaba, ya no os saluda; llueven las facturas de los comerciantes; hay enemigos vuestros que se os burlan. Lees vuestra decadencia hasta en las miradas indiferentes; los que comen con vosotros encuentran que es un exceso que tengais tres platos en la mesa; vuestros defectos saltan á los ojos de todo el mundo; las ingratitudes se manifiestan descaradamente; los imbéciles han previsto lo que os sucede; los malvados os destrozan; los peores os compadecen. En vez de vino teneis que beber sidra. De dos criadas os sobra una; habeis de despedir á la otra y hacer trabajar más á la que se quede. En el jardín no debeis tener tantas flores; debeis plantar patatas y vender en el mercado la fruta que regalábais á vuestros amigos. Teneis que escasear los adornos y los trajes á las jóvenes de la familia, y despues de quitarlas las flores del jardín, quitarlas tambien las flores de los sombreros. Hé aquí lo que es decaer. Es estar muriendo todos los días. Caer no es nada; es sepultarse en un horno; pero decaer es consumirse á fuego lento.

Waterlío es el hundimiento; Santa Elena es la decadencia. La muerte que se encarna en Wellington conserva aun alguna dignidad, pero cuando se convierte en Hudson Lowe se hace villana. El destino se vuelve estúpido, y se vé al hombre de Campo Fornio regateando un par de medias de seda. El empequeñecimiento de Napoleon empequeñece á Inglaterra. Todos los hombres que se arruinan atraviesan las dos fases de Waterlío y de Santa Elena, reducidas á proporciones vulgares.

La noche que indicamos al principio de este capítulo, Lethierry dejó á Deruchette paseándose en el jardín, á la claridad de la luna, y se acostó más triste que nunca.

Bullian en su espíritu todos esos detalles mezquinos y enfadosos, todas esas preocupaciones de tercer orden, que empiezan por ser insípidas y acaban por ser lúgubres. Lethierry comprendia que su caída era irremediable. ¿Qué iba á hacer? ¿Qué sacrificios impondria á Deruchette? ¿Despediria á Dulce ó á Gracia? Venderia las Bravées? ¿Se veria obligado á abandonar la isla? No ser nada

donde se ha sido todo, es decadencia insostenible.

Haberlo perdido todo! ¡Recordar aquellas travesías que enlazaban Francia con el archipiélago, los martes de partida, los viernes de regreso, la multitud que se agrupaba en el malecon, los grandes cargamentos, la industria, la prosperidad, la navegacion directa y altiva de aquella máquina! ¿Dónde está su *Duranda*, la magnífica y soberana *Duranda*, señora del mar, reina que le hacia rey? ¡Haber sido en el país el hombre idea, el hombre éxito, el hombre revolucion, y no ser nada ya! Hacer reír! ¡Excitar la orgullosa compasion de los idiotas! ¡Ver triunfar la rutina, la terquedad, el egoismo y la ignorancia! ¡Ver cómo vuelven á empezar bestialmente las idas y venidas de buques góticos traqueados por las olas! ¡haber sido la luz y sufrir el eclipse!

Esta obsesion de la pesadumbre torturaba á Lethierry. No habia sentido hasta entonces jamás con tanta amargura la pérdida de la *Duranda*. El embotamiento sucedió á sus agudas sensaciones y le amodorró la pesadumbre de la tristeza.

Permaneció dos horas con los párpados cerrados, durmiendo poco, soñando mucho y calenturiento. Hacia la media noche sacudió su letargo. Se despertó, abrió los ojos, y como la ventana del cuarto estaba pegada á la hamaca, le sorprendió un obstáculo extraordinario.

Por la ventana abierta vió una forma, una forma inaudita, la chimenea de un buque de vapor. Lethierry se incorporó súbitamente. La hamaca osciló como en los balanceos de una tempestad. El puerto, alumbrado por la claridad de la luna, se encerraba como en un marco en los cristales de una ventana, y en aquella claridad, muy cerca de la casa, se destacaba recta, redonda y negra, una silueta soberbia.

Veia el tubo de una máquina de vapor.

Lethierry saltó de la hamaca, corrió á asomarse á la ventana y reconoció que tenia ante sí la chimenea de la *Duranda*, en el sitio mismo en que acostumbraba á anclar.

Las cuatro cadenas la amarraban al borde de un buque, en el que bajo de ella se distinguia una masa de complicado contorno.

Lethierry retrocedió, volvió las espaldas á la ventana y cayó sentado en la hamaca.

Volvió otra vez la cara y distinguió en la ensenada algunos barcos con las velas cargadas, con las capas encapilladas y sin fanales. Se distinguian en el fondo algunas barcas que recorrian en seco el carenero.

Poco despues, muy poco despues, estaba ya en el muelle con un farol en la mano.

Vió amarrado á la antigua argolla de la *Duranda* un barco que hacia la popa llevaba una mole maciza, de la que sobresalía la chimenea enhiesta, ante la ventana de la casa las Bravées. La proa del barco se prolongaba, por el nivel del malecon, fuera de la esquina de la pared de la casa.

No vió á nadie dentro del barco, que reconoció; era el buque holandés de Gilliatt.

Lethierry saltó á bordo del barco. Corrió hacia la mole que veia al otro lado del mástil y reconoció su máquina.

Allí estaba íntegra, completa, intacta, sentada en cuadro sobre la plancha de fundicion; la caldera tenia todos sus tabiques, el árbol de las ruedas estaba enhiesto y amarrado cerca de la caldera, la bomba ocupaba su sitio correspondiente; nada faltaba.

Lethierry examinó la máquina á la luz de la luna y del farol.

Pasó revista á todo el mecanismo.

Entró en el camarote, que encontró vacío.

Volvió á la máquina y la tocó. Metió la cabeza en la caldera. Se arrodilló para verla en el interior.

Dejó en el horno el farol, cuya luz iluminó todo el mecanismo y le produjo casi la ilusion de una máquina encendida.

Despues soltó una carcajada, y levantándose, sin dejar de mirar á la máquina, con los brazos tendidos hacia la chimenea, gritó: Socorro!

La campana del puerto estaba á pocos pasos de él; corrió hacia allí, cogió la cadena y empezó á sacudir la campana impetuosamente.

II.

Sigue la campana del puerto.

Gilliatt, despues de su travesía sin incidente alguno, pero lenta, por el pesado cargamento del buque, llegó á Saint-Sampson por la noche y cerca ya de las diez.

Gilliatt habia calculado bien la hora. Se encontró con media marea, con agua y con luna para poder entrar en el puerto.

La rada estaba dormida. Fondeaban

en la ensenada algunos barcos con las velas cargadas, con las capas encapilladas y sin fanales. Se distinguian en el fondo algunas barcas que recorrian en seco el carenero.

Gilliatt, en cuanto pasó el boquete del puerto, examinó el muelle y el andén. No vió luz ni en las Bravées ni en ninguna parte. No transitaba nadie, si exceptuamos un solo hombre, que acababa de entrar ó de salir del presbiterio, y todavía no podia asegurar Gilliatt que fuese un hombre, porque la noche borra todo lo que dibuja, y todo aparece indeciso. Habia que añadir á la distancia la oscuridad; el presbiterio estaba situado al otro lado del puerto, en un solar en el que actualmente hay una cala cubierta.

Gilliatt atracó silenciosamente al pie mismo de las Bravées y amarró el buque á la argolla donde se amarraba á la *Duranda*, debajo de la ventana de Mess Lethierry.

Despues saltó á tierra por encima del bordaje.

Dió la vuelta á la casa, tomó una callejuela, luego otra, sin mirar siquiera en la encrucijada el camino que conduce al Bú de la Calle, y al cabo de algunos minutos se paró en la esquina de la pared, donde habia una malva campestre que ostentaba en Junio flores de color de rosa; donde habia acebos, hiedra y ortigas; donde oculto entre zarzas, sentado en una piedra, muchas veces en el verano, por espacio de largas horas, habia estado contemplando por encima de la tapia del jardín de las Bravées dos ventanas de un cuarto de la casa. Encontró la piedra, las zarzas y la tapia; encontró el ángulo oscuro como siempre, y como alimaña que vuelve á su cubil, se agazapó allí, más deslizando que andando. Se quedó inmóvil y miró. Volvia á ver el jardín, las alamedas, los arriates de flores, las dos ventanas de la casa á la luz de la luna. Es lástima que en ciertas ocasiones el hombre se vea obligado á respirar; Gilliatt hacia lo que podia para contener la respiracion.

Le parecia estar viendo un paraíso fantástico, y tenia miedo de que se disipase. Era casi imposible que aquellos abetos se hallasen realmente ante su vista, y si se encontraban, solo podia ser con la inminencia de desaparicion que tienen las cosas divinas. Gilliatt creia que un soplo disiparia todo aquello y temblaba.

Cerca de él, dentro del jardín, en el borde de un sendero, había un banco de madera pintado de verde; los lectores recordarán este banco.

Gilliatt miraba las dos ventanas, pensando en el sueño posible de algún sér en aquella habitación. Desearía no estar donde estaba, y sin embargo, hubiera preferido morir á marcharse. Pensaba en el aliento que levantaba un pecho. Pensaba en aquel sér inaccesible, que estaba dormido cerca de él y al alcance de su éxtasis; pensaba en la mujer imposible entregada al sueño y á las quimeras; pensaba en los sueños que puede crear un sueño; se arriesgaba hasta llegar á las faltas de respeto del delirio; le perturbaba la cantidad de forma femenina que puede tener un ángel, en la hora nocturna abierta para las miradas furtivas de los ojos tímidos; se reconvenía por ir tan lejos, temiendo cometer una profanación solo pensándolo. Experimentaba la sensación y casi el dolor de figurarse un corpiño sobre una silla, una manta echada en el tapiz, una cintura desabrochada, una pañoleta. Se imaginaba un corsé, un cordón con heretes que se arrastraba por el suelo, unas medias, unas ligas. Tenía el alma en las estrellas.

Las estrellas han sido creadas lo mismo para el corazón humano del pobre como Gilliatt, que para el corazón humano del millonario. Cuando se llega á cierto grado de la pasión, todos los hombres están sujetos á profundos deslumbramientos, pero las naturalezas ásperas y primitivas los nutren con más motivo, porque su salvajismo se agrega al desvarío.

El enagenamiento es una plenitud que se desborda como todas las plenitudes. Contemplar aquella ventana era para Gilliatt casi demasiado.

De pronto la vió á ella misma, de pronto vió á la mujer adorada.

Por entre el ramaje de un bosquecillo, que espesaba la primavera, salió con inefable lentitud espectral y celeste una figura, un vestido, un semblante divino, casi una claridad debajo de la de la luna.

Gilliatt se creyó desfallecer. Era Deruchette.

Deruchette se acercó y se paró. Dió algunos pasos como para alejarse, pero volvió á detenerse, y luego se sentó en el banco de madera.

La luna plateaba los árboles, algunas nubes erraban entre las estrellas páli-

das, el mar hablaba con la oscuridad á media voz, la isla dormía, la bruma subía en el horizonte, reinaba profunda melancolía. Deruchette inclinaba la frente y sus ojos pensativos miraban con fijeza; estaba sentada, de perfil, con la cabeza casi descubierta, con la gorra desatada, que permitía ver en la delicada nuca la raíz de los cabellos; la penumbra modelaba sus manos de estatua, y su vestido era de esos colores que la noche hace aparecer blancos; tenían sus pestañas inclinadas la vaga contracción que anuncia una lágrima reprimida ó un pensamiento rechazado. Sus brazos indecisos parecían no encontrar sitio donde apoyarse; algo flotante se entreveía en toda su actitud; más que una luz era un resplandor, más que una gracia parecía una diosa. Estaba tan cerca de Gilliatt, que éste, conmovido, oía su respiración.

Gilliatt estaba como loco. Lo que experimentaba no puede expresarse con palabras. El amor era para Gilliatt como la miel para el oso; le proporcionaba sueño exquisito y delicado. Los pensamientos se embrollaban en su cerebro y temía sin saber por qué.

No se le ocurrió idea de levantarse, saltar la tapia, acercarse á Deruchette y decirle: Soy yo: á ocurrírsele, hubiera huido. Estaba satisfecho con ver que Deruchette estaba allí, y era feliz contemplándola.

Se oyó de pronto un ruido que sacó á Deruchette de su enagenación y á Gilliatt de su éxtasis. Era el ruido de pasos de alguno que andaba por el jardín y que los árboles no permitían ver. Era el paso de un hombre.

Los pasos se acercaron y el ruido cesó. El hombre que andaba debió pararse. El sendero donde estaba colocado el banco se perdía entre los árboles frondosos; allí debió pararse la persona que andaba.

La casualidad dispuso de tal modo la espesura de las ramas, que Deruchette veía al recién venido y Gilliatt no le podía ver.

La luna proyectaba una sombra en el cielo, desde el bosquecillo al banco, que era lo único que podía ver Gilliatt. Este miró á Deruchette y notó que estaba pálida, que su boca entreabierta iniciaba un grito de sorpresa, que se levantó del banco, dejándose caer en él otra vez; que su actitud de fuga la contrarrestaba una actitud de fascinación. Casi tenía en los labios el centelleo de la sonrisa y en los ojos el brillo de las lágrimas. Compre-

dia que la transfiguraba la presencia de alguno superior á un sér humano, y veía en sus miradas la reverberación de un ángel.

El sér, que para Gilliatt solo era sombra, habló. Salió de la espesura una voz dulce, como voz femenina, pero que, sin embargo, era voz de hombre. Gilliatt oyó estas palabras:

—Señorita, os veo todos los domingos y todos los jueves, y sé que antes no asistíais tanto á la iglesia. Nunca os he hablado, porque tal era mi deber, así como hoy por deber os hablo. El *Cashmere* parte mañana; esto es lo que me obliga á venir aquí. Sé que todas las noches os paseáis por el jardín. Sería indiscreción en mí enterarme de vuestras costumbres si á ello no me indujera el proyecto que abrigo. Sé que estais arruinada; yo desde ayer soy rico. Me queréis por esposo?

Deruchette juntó las dos manos con ademán suplicante y miró al que le hablaba, muda, con los ojos fijos y temblando de pies á cabeza.

La voz prosiguió:

—Os amo. Debo hablar. Dios bendice el lazo del matrimonio. En la tierra solo hay para mí una mujer, que sois vos, Deruchette. Pienso en vos como en una oración. En Dios deposito mi fé y en vos mi esperanza. Las alas que yo agito las lleváis vos, que sois mi vida y mi cielo.

Deruchette, emocionada, inclinaba los ojos y guardaba silencio.

La voz continuó hablando de este modo:

—Me producís el efecto de la gloria. Sois la misma inocencia y os amo apasionadamente. Sé que ahora está recogido todo el mundo en la casa y que podía haber escogido otro momento para hablaros. ¿Recordais el pasaje de la Biblia que nos leyeron? He pensado mucho en él y lo he leído con frecuencia. El reverendo Hérode me decía:—“Debeis desposaros con mujer rica;” pero yo le contesté:—“Al contrario, debo desposarme con mujer pobre.” Os hablo sin acercarme, pero retrocederé si me lo mandáis. Sois mi soberana y os acercareis á mí si queréis. Amo y espero. Sois para mí la forma viviente de la bendición.

—Ignoraba que hubiérais observado mi presencia en la iglesia los domingos y los jueves, balbuceó Deruchette.

La voz continuó:

—Nada se puede oponer contra los séres angélicos. El amor es la ley universal. El matrimonio es Canaán, y sois

vos la belleza prometida. ¡Oh, mujer llena de gracia, yo os saludo!

Deruchette suspiró.

—Dios quiere que se ame. Los encuentros de las almas no dependen de ellas; por eso no sois culpable. Asistíais á los oficios y yo estaba allí: esto es todo lo que ha sucedido. Comprendí que os amaba y algunas veces se fijaron en vos mis miradas. Hice mal, pero no pude evitarlo. Mirándoos, el amor se ha introducido en mí. Hay voluntades misteriosas superiores á nosotros. El corazón es el primero de los templos. Aspiro al paraíso terrenal de que consentais en tener vuestra alma dentro de mi morada. Mientras fuí pobre nada os dije. Teneis veintiun años y yo veintiseis. Mañana parto; si no accedéis á mi demanda no volveré. Queréis ser mi prometida? Os amo, respondedme. Hablaré á vuestro tío cuando logre vuestro consentimiento.

Deruchette inclinó la frente y exclamó:

—Oh! Le adoro!

Pero lo dijo en voz tan baja, que solo lo oyó Gilliatt.

Hubo un momento de pausa. Uno de aquellos momentos severos y pacíficos en los que el sueño de las cosas se agrega al de los séres, en los que la noche parece que escuche los latidos del corazón de la naturaleza. En tan profundo recogimiento se oía una armonía que completaba su silencio, la que producía el inmenso ruido del mar.

—Deruchette...

La jóven se estremeció. La voz continuó de este modo:

—Estoy esperando.

—¿Qué esperais?

—Vuestra respuesta.

—Dios la ha oído ya.

La voz entonces adquirió sonoridad y mayor dulzura; expresó así:

—Ya que eres mi prometida, levántate y ven. Que la bóveda azul donde brillan los astros presencie la aceptación de mi alma y de tu alma, y que nuestro primer beso ascienda al firmamento.

Deruchette se levantó, permaneciendo un instante con los ojos fijos en otros ojos. Despues, con paso lento, con la cabeza erguida, con los brazos caídos y los dedos de las manos separados, se dirigió hácia la espesura y desapareció.

Un momento despues, en vez de proyectarse una sombra en la arena del sendero, se proyectaron dos, que se confundían, y Gilliatt vió á sus piés que se abrazaban las dos sombras.